

Sr. D. Francisco J. Martín Abad

NARCISO ALONSO CORTES

EL MESON DE VALDESTILLAS



MADRID
1 9 4 8

MA-1738

Tit: 67471
C. 1085010.

PUBLICACIONES DE "REVISTA BIBLIOGRÁFICA Y DOCUMENTAL"

(T. 2. Núms. 1 y 2.—Enero-Junio de 1948.—Págs. 7 a 25)

EDICIÓN ESPECIAL DE 25 EJEMPLARES
NUMERADOS, NO VENALES

EJEMPLAR NÚM. 15



R.M.A. 1738

El Mesón de Valdestillas

En el capítulo XXXVI y último del apócrifo *Quijote*, cuenta el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda que D. Alvaro Tarfe, deseoso de aliviar la deplorable locura del infeliz hidalgo, le lleva por medio de un engaño desde Madrid a Toledo, y una vez allí logra recluirle en casa del Nuncio, digamos por otro nombre la casa de orates. Allí queda, pues, Don Quijote, no sin que D. Alvaro procure durante unos días regalarle y sosegarle; pero antes de poner punto a su historia, el autor tordesillesco dice que, según tradiciones de viejísimos manchegos, el buen hidalgo sanó más tarde y pudo abandonar la casa del Nuncio. Y remata su libro con las siguientes palabras: «Pero como tarde la locura se cura, dicen que en saliendo de la corte volvió a su tema, y que comprando otro mejor caballo, se fué la vuelta a Castilla la Vieja, en la cual le sucedieron estupendas y jamás oídas aventuras, llevando por escudero a una moza de soldada que halló junto a Torre de Lodones, vestida de hombre, la cual iba huyendo de su amo porque en su casa se hizo o la hicieron preñada sin pensarlo ella, si bien no sin dar cumplida causa para ello; y por el temor se iba por el mundo. Llevóla el buen caballero sin saber que fuese mujer, hasta que vino a parir en medio de un camino, en presencia suya, dejándole sumamente maravillado el parto, y haciendo grandísimas quimeras sobre él, la encomendó hasta que volviese a un mesonero de Valdestillas, y él sin escudero pasó por Salamanca, Avila y Valladolid, llamándose el Caballero de los Trabajos, los cuales no faltará mejor pluma que los celebre.»

Después de leer estas palabras, no necesita ser uno muy visionario ni amigo de fantasías para quedar un rato pensativo y hacerse en seguida varias preguntas. ¿Cómo se le ocurrió a Avellaneda adjudicar a Don Quijote unas peripecias tan raras y que en verdad no vienen a cuento? ¿No es chocante en extremo y alejado de toda presunción ese encuentro de

Don Quijote con la moza de soldada, y precisamente en Torre de Lodo-nes? ¿No sorprende mucho más lo del parto de la moza en medio del camino? ¿Y eso de encomendar la moza a un mesonero de Valdestillas, pueblecillo tan alejado del campo de acción del héroe manchego? ¿Qué diremos, en fin, de la presencia del héroe en Salamanca, Avila y Vallado- lid, para llegar a la conclusión de que por ello se le vino a llamar *Caballe- ro de los Trabajos*? ¿Serían éstos mayores que los que ya había tenido a lo largo de sus aventuras? Caprichos pudieron ser todos éstos, adrede ex- travagantes, del hiperbólico Avellaneda; pero es difícil avenirse a tal idea.

Pero estas cavilaciones y sospechas acrecerán extraordinariamente si al leer el *Coloquio de los Perros* paramos la atención en aquellas palabras con que a Berganza, convertido en perro sabio, hace lucir sus habilidades, su amo el atambor el memorable día de su actuación en Montilla: «Ea, Gavilán amigo, salta por aquel viejo verde, que tú conoces, que se escabe- cha las barbas; y si no quieres, salta por la pompa y aparato de doña Pim- pinela de Plafagonia, que fué compañera de la moza gallega que servía en Valdeastillas.»

¡Otra vez la moza—del mesón, claro es—de Valdestillas, y con ella una compañera que podía llamarse, aunque no se llamara, nada menos que doña Pimpinela de Plafagonia! ¿No parece esto verdaderamente mis- terioso? ¿Por qué Cervantes saca aquí a colación a la moza de Valdestillas y a su compañera, bautizada ésta de modo tan rimbombante? Casualida- des serán también; pero que hay alusiones a personas efectivas, y que el acordarse Cervantes de ellas es cosa extraña, no puede negarse (1).

Valdestillas era—y es—un pueblo situado a cuatro leguas de Vallado- lid, en el camino entre esta ciudad y Madrid. Desde Valdestillas a la villa

(1) Como hay igualmente alusión—bien que ésta pudiera tocar a muchos indi- viduos—en lo del viejo verde que se escabechaba las barbas, y en esto que a continuación dice el atambor: «¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilán? Pues salta por el bachi- ller Pasillas, que se firma *licenciado* sin tener grado alguno.» Eran muchos ciertamente los que estaban en este caso; pero Cervantes parece aludir a uno solo.

Con razón don Agustín G. de Amezúa, al hablar de doña Pimpinela de Plafagonia, recuerda el parecer de don Aureliano Fernández-Guerra, según el cual, de estos nombres altisonantes, aparatosos y ridículos empleados por Cervantes, «ninguno fué arbitrario, antes bien, todos significativos de las personas que los llevaron». (Edición crítica de EL CASAMIENTO ENGAÑOSO y el COLOQUIO DE LOS PERROS, pág. 583.)

Ya en *Casos cervantinos que tocan a Valladolid*, pág. 129, di a conocer las sospe- chas que en mí despertaban las arriba copiadas alusiones del falso *Quijote* y del *Colo- quio de los perros*, y de ello se hizo cargo, aunque no me citara, don Justo García Soriano (*Los dos Don Quijotes*, pág. 208).

del Manzanares podían seguirse dos direcciones: por Hornillos, Bocigas y Villacastín, y por Santa María de Nieva, Segovia y Los Molinos. La guía de caminos que sirve de adición al *Nuevo estila y formulario de escriuir cartas misivas*, de Páez de Valenzuela, pone también por Valdestillas el itinerario de Valladolid a Lisboa, en esta forma: Valladolid a la Puente de Duero, dos leguas; la Puente de Duero a Valdestillas, dos leguas; Valdestillas a la Ventosa, dos leguas; la Ventosa a Medina del Campo, dos leguas; Medina del Campo a Carpio, tres leguas, etc.

Como todos los pueblos situados en el paso de Madrid a Valladolid, Valdestillas se vió súbitamente favorecida con el traslado de la corte de aquélla a ésta población, ya que el tránsito se hizo ininterrumpido. Era frecuente que los viajeros pernoctaran en Valdestillas. Aunque pueblo de escaso vecindario, su producción agrícola era de cierta importancia. Tenían fama sus excelentes melones; y así leemos en uno de los *Cuatro romances de la mudanza de la corte y grandezas de Valladolid* (1606):

Dulces frutas de la Vera,
de vuestos pinares, piñas,
espárragos de Portillo,
melones de Valdestillas (2).

En el año de 1602, poco antes de que Cervantes hubiera de pasar por allí con dirección a la corte del Pisuerga, ocurrió en Valdestillas un sorprendente hecho milagroso. Según información jurada que entonces se hizo, el 10 de mayo de aquel año, viernes, «recogiéndose la compañía del capitán don Joan de Viamonte Olave, como es costumbre, en la iglesia de Santa María de la dicha villa, entre la una y las dos horas del día, para de allí ir dando a los soldados su alojamiento, dos soldados llamados Joan Gómez, natural de Pontedeume, en Galicia, y el otro Sebastián de Carlos, natural de Sant Vicente de la Sonsierra, junto a Logroño, habiendo hecho oración a la imagen y estándola mirando, que habían visto cómo un niño Jesús que la Madre de Dios del Rosario de esta dicha villa tenía en sus

(2) Todavía en 1787 escribía el *Diario Pinciano*: «La villa de Valdestillas, último Lugar de la Jurisdicción y Corregimiento de Valladolid, dista quatro leguas al Mediodía y consta de 60 vecinos, que forman una Parroquia, cuyo Cura es el Señor Obispo de Valladolid, que pone Teniente a su beneplácito... Pasa por el término de Valdestillas el río Ataja, aunque no usan del agua. La cosecha anual suele ser de 1.000 fanegas de trigo, 200 de centeno, 1.200 de cebada, 400 de algarrobas, 200 de avera, 70 de garbanzos, 40.000 cántaras de vino, 500 corderos, 500 libras de queso y 90 arrobas de lana basta.»

brazos, se le iba a caer; y los dichos soldados estándola mirando, vieron cómo la dicha imagen abrió los brazos y recogió el niño y le apretó al pecho» (3).

En Valdeastillas cayó enferma la reina doña Margarita, y causó grande alarma, el día 16 de septiembre de 1605, cuando con su esposo don Felipe se encaminaba a San Lorenzo del Escorial para pasar allí la fiesta de San Jerónimo. Como Valdeastillas era «lugar desacomodado para ponerla en cura», la llevaron a Olmedo (4).

En el mesón de esta villa de Valdeastillas—llamada también a menudo, como lo hace Cervantes, *Valdeastillas* (5)—estaban la moza gallega y su compañera, doña Pimpinela de Plafagonia.

* * *

Que hubiera en el mesón una moza gallega no puede llamar la atención. Tal ocurría en muchos mesones y ventas de España.

Continuamente salían de Galicia mozas dispuestas a ganar el pan de cada día en aquel duro servicio o en otros análogos, con lo cual podían encontrarse doquiera criadas y fregonas gallegas. La implacable ley de la necesidad lo exigía así, y las briosas hijas del solar galaico no eran de las que se ahogaban en poca agua. Era tradición fielmente observada que cuando una moza gallega se decidía a emprender este viaje, al llegar a la *Cruz de Ferro*, situada en lo alto del puerto de Puentecebadón o el Rabanal, hacía una oración; y la fama palabrera y maliciosa afirmaba que en tal oración prometían las *doncellas* gallegas no volver por allí *como pasaron*. Tenemos un ejemplo en Catuja de Morrazos, madre de Teresa de Manzanares, de la cual nos cuenta Castillo Solórzano: «Con las faldas en cinta, como dicen, y con ellas los zapatos, por no los romper (propia prevención de las damas de su país), se puso en camino informada del viaje que había de llevar; en la tal información supo cuán cerca estaba de la *Cruz de Ferro*, tan nombrada en aquella tierra; pasó por cerca della y hizola oración, sin tener cuidado de la promesa que todas las gallegas

(3) De esta información, conservada en el archivo parroquial, dió noticia don Juan Ortega y Rubio. (*Los pueblos de la provincia de Valladolid*, t. II, pág. 317.)

(4) Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 260.

(5) Por ejemplo: «Martes a los 2 de Octubre, que era el día que había de entrar en esta Corte el duque de Parma, le invió el de Lerma a visitar cuatro leguas de aquí a Valdeastillas, con Diego Gómez, su hijo, por la posta, con algunos caballeros y gentiles-hombres.» (Cabrera de Córdoba, *Relaciones*, pág. 118.) Cabrera siempre escribe *Valdeastillas*.

la hacen, pues ya Tadeo, con su buena diligencia, la había sacado del.» (6).

Muchas mozas gallegas de mesón podemos encontrar en nuestros clásicos; pero basta que recordemos aquellas dos que en el del «Sevillano» ayudaban a la Argüello y servían de compañeras a Costancica, *la ilustre fregona*. Fueron las que con la Argüello y otras tres mozas «se hicieron rajas» bailando a la puerta de la posada, y a una de las cuales hizo Lope el Asturiano, o séase Carriazo, al son de su guitarra, salir al ruedo con estas palabras:

De las dos mozas gallegas
Que en esta posada están,
Salga la más carigorda
En cuerpo y sin devantal.

Aunque juraba y perjuraba ante su amo no ser «juguetona con los mozos de casa, ni de fuera», la verdad es que una de estas gallegas se encaprichó por Avendaño y le importunó no poco. Rara hubiera sido otra cosa en una moza gallega de mesón.

Nada digamos de aquella otra moza a quien en el capítulo IV del *Quijote*, de Avellaneda, se refiere el ventero, que habla de este modo a Don Quijote: «Si quiere posada, entre; que le daremos buena cena, y aun, si fuere menester, no le faltará una moza gallega que le quite los zapatos; que aunque tiene las tetas grandes, es ya cerrada de años; y como vuesa merced no cierre la bolsa, no haya miedo que cierre los brazos ni deje de recibirle en ellos.» La tal moza se presenta a Don Quijote y le dice: «Buenas noches tenga vuesa merced, señor caballero:

(6) *La niña de los embustes Teresa de Manzanares*, ed. de don Emilio Cotarelo y Mori, pág. 18.

Cotarelo aclara la alusión con una cita de *El Proteo de Madrid*, novela igualmente de Castillo Solórzano, en la que se leen estas palabras:

«—Dominga: ésta es aquella *Cruz de ferro* tan conocida de todos los de nuestra tierra, a quien las doncellas de allá que pasan por aquí hacen su oración; pero no el voto que dicen de no volver como pasaron.

«—¿Esta es, Marcos? (dijo Dominga). Huélgome de verla; mas no pienso prometer lo que malas lenguas dicen; hagamos oración, que es lo que nos importa, para que Dios nos dé buen viaje.

Hicieronlo así, y, prosiguiendo su camino, las soledades, el trato de los dos y el acomodado albergue que buscaban las noches juntos, ocasionaron atrevimientos en Marcos y apacibilidades en Dominga para que él saliese de empacho y ella no le tuviese en darle audiencia. Esto se deslizó a más, de suerte que la oración de la doncella gallega pareció haber sido proposición del voto, pues antes de dos jornadas le cumplió puntualísimamente.» (Ob. cit., pág. 326.)

¿manda algo en su servicio?, que aunque negras, no tiznamos: ¿gusta vuesa merced le quite las botas, o le limpie los zapatos, o que me quede aquí esta noche por si algo se le ofreciere? Que por el siglo de mi madre, que me parece haberle visto aquí otra vez, y aunque en su cara y figura me parece a otro que yo quise harto, pero agua pasada no muele molino: dejóme y dejéle libre como el cuclillo: no soy yo mujer de todos, como otras disolutas. Doncella, pero recogida; mujer de bien, y criada de un ventero honrado, engañóme un traidor de un capitán que me sacó de mi casa, dándome palabra de casamiento; fué a Italia, y dejóme perdida, como vuesa merced ve: llevóme todas mis ropas y joyas que de casa de mi padre había sacado.» Como la moza comienza a llorar amargamente, Don Quijote se compadece y promete hacer todos los sacrificios propios del buen caballero andante hasta alcanzar venganza en el desleal caballero o capitán; pero la moza dice conformarse con dos reales que había menester para pagar dos platos de Talavera que había quebrado. Interviene Sancho, el cual reconoce en aquella moza la misma que «denantes» le había dicho «en la caballeriza si quería dormir con ella»; y justamente indignado, desacatando la orden de Don Quijote, que quiere dar a la moza doscientos ducados, la despacha con cuatro cuartos y estas palabras: «Y bien pagada queda la muy zurrada de lo que no ha trabajado.»

Poco después sabemos la procedencia de esta moza, cuando el ventero, excitado por los desvaríos de Don Quijote, la recrimina y descarga sobre ella una bofetada y tres o cuatro coces en las costillas, con lo cual el caballero andante, fuera de sí, asesta al ventero una tremenda cuchillada y le descalabra muy bien.

En la comedia de Lope de Vega *Los donaires de Matico*, vemos que este llega a un mesón y da lugar al siguiente diálogo:

- MESONERO. ¿Sabina?
MOZA. ¿Quién está ahí?
MATICO. (Moza tiene, ¡pese a mí!)
MESONERO. Esperad, enhoramala.
FREGONA. ¿Quieres posada, mis ojos?
Entrad muy enhorabuena;
tendrá de perlas la cena.
MATICO. Hora excusemos enojos
y pasemos adelante.
FREGONA. Pues, ¿no quiere entrar a verla?

- MATICO. No, que si la cena es perla,
la cama será diamante
y no la quiero tan dura.
- FREGONA. El rapacillo me agrada.
- MATICO. ¿Es limpia aquesa posada?
- FREGONA. Si.
- MATICO. Cuan sea tu ventura.
- FREGONA. (El niño es como una sal.
¡Ay, qué carrillos que tiene!)
- MATICO. (Ya la moza se me viene
toda la noche al portal.)
- FREGONA. ¿Dormirémosla sin duda?
- MATICO. Es más llano que la palma.
- FREGONA. Suelta la alforja, mi alma.
- MATICO. No la quiero tan aguda.
Regáleme a mi señor,
y mire la muy badana
que echaré por la ventana
la venta.
- FREGONA. ¡Pasito, amor!
Mi señor sale.
-

- MATICO. Ya entro.
- FREGONA. Ven acá, amores;
¿quieres algo?
- MATICO. Que me aguarde
esta noche un poco tarde.
Mire, y no conmigo flores,
no me la pesque mi amo,
sino haga lo que debe.
- FREGONA. ¿Pescar? El diablo me lleve
si no te adoro.
- MATICO. Yo te amo.
- FREGONA. ¿No es bueno que me ha prendado
el diablo del rapacillo?
¡Ay, señores, qué bonillo!
¿Quiéresme abrazar?
- MATICO. De grado.
No me aprietes tanto.
- FREGONA. Adios.
porque después nos veremos.

Había, a la cuenta, alguna moza de mesón menos deshonesto, y que

aún llegaba a prendarse muy de veras de algún huésped galán y apuesto. Dígalo aquella cuyas congojas pinta el doctor Juan de Salinas en una linda y muy conocida letrilla:

La moza gallega
qu'está en la posada
subiendo maletas
y dando cebada,
llorosa se sienta
encima de un arca,
por ver a su huésped,
que tiene en el alma,
mocito espigado,
con trenza de plata,
que canta bonito
y tañe guitarra.

Con lágrimas vivas
que al suelo derrama,
con tristes suspiros
y quejas amargas,
del rabioso pecho
descubre las ansias.

*¡Mal haya quien fia
de gente que pasa!*

Pensé que estuviera
dos meses de estancia
y que al cabo d'ellos
con él me llevara;
pensé qu'el amor
y fe que cantaba
supiera rezado
tenella y guardalla;
pensé qu'eran firmes
sus falsas palabras.

*¡Mal haya quien fia
de gente que pasa!*

.....

¿Qué pude hacer más
que darle polainas
poniendo en sus puntas
encaje de Holanda;
cocelle su carne,
hacelle la salsa.

encender su vela
de noche, si llama,
y por dalle gusto,
soplalla y matalla?

¡Mal haya quien fia
en gente que pasa!

Llévame contigo,
serviré en la farsa
de hacer mi figura
en la zarabanda,
sólo por no verme
fuera de tu alma.

En esto ya el huésped
las cuentas remata;
el pie en el estribo
furioso cabalga;
y ella que le vido
volver las espaldas,
con mayores llantos
que la vez pasada
dice, sin poder
refrenar sus ansias:

¡Mal haya quien fia
de gente que pasa!

No siempre se quedaban en mozas de mesón las gallegas que habían pasado por la *Cruz de Ferro*, sino que a veces, por artes más o menos lícitas, ascendían a la categoría de amas. A buen seguro que no por su buen palmito lo habría conseguido aquella ventera de Sierra Morena, a quien don Antonio Enríquez Gómez, en el capítulo VI de la *Vida de don Gregorio Guadaña*, describe de este modo: «Era la madre de los pigmeos, engerta en Galicia; yo entendí que venía de rodillas por servirnos con más devoción; pero como vi que pedía favor para subir el plato a la mesa, la tuve lástima, pero no cuando nos miró de trino con una cara de pellejo ahumado y una alquitara por nariz; los ojos parecían espirituales, porque miraban hacia dentro. Por dedos traía unos palos de escorzonera por mondar, y por cabello un vellón de lana churra.»

No sólo Galicia, sino Asturias, daba a Castilla mozas de mesón; y no habrá necesidad de decirlo, puesto que hubo una que se immortalizó, la simpar Maritornes. Asturiana era igualmente—bien que no sirviera

precisamente en mesón—, Cristina, la fregona de *La Entretenida*, que hablaba de este modo a su pretendiente Ocaña:

¿Soy, por ventura, mujer
que he de avasallarme a un paje?
¿O vengo yo de linaje
de tan bajo proceder?

¿No soy yo la que en mi flor,
por no querer ofendella,
presumo más de doncella
que no el Cid de campeador?

¿No soy yo de los Capoches
de Oviedo? ¿Hay más que mostrar?

La ocupación y menesteres de las mozas de mesón no eran fáciles ni descansados. Bien lo declara el padre de la *Pícaro Justina* cuando, constituido en mesonero, da a sus tres hijas consejos muy convenientes para que actuaran de tales, y punto por punto va exponiendo cuáles habían de ser sus obligaciones y las mañas y triquiñuelas usuales en el oficio. Y he aquí cómo la propia Justina enuncia—«y va en medio en copla»—una expresiva «suma en que se suma y cifra lo que toca y pertenece» al honroso gremio de las mozas de mesón: «La moza del mesón, esto es en conclusión: en andar, gonce; en pedir, pobre; de día, burrega; de noche, mega; en prometer, larga; en cumplir, manca; antes de mesa, perrilla; después de mesa, grifa; en enredos, hilo portugués; al fallo, puercos montés; lo empeñado, todo; lo vendido, nada o poco; una alforja de bailar y otra de trabajar; en la bolsa, munición; en la cara, siempre unción; cumplir, con todos; amistad, con los más bobos; lo pagado, pase; lo rogado, no vale; de ordinario alegría y siempre tapagiba; y aires, bola, y adiós, que esquilan; que con decir viene mamá y rascar la cofia, se avientan los nublados, y no debo más.» (7).

Y a estos preceptos mesoneriles de Justina se pueden agregar dos refranes que eran corrientes y vulgares: «Moza de mesón, entra sin miedo y guarda el bolsón.» «Mozas de mesón y mozos de ciegos, tal les dé Dios el sueño.»

El tipo del mesonero ha pasado también a clásico en nuestra literatura novelesca y dramática del Siglo de Oro. En la misma *Pícaro Justina*

(7) *La Pícaro Justina*, libro primero, número tercero.

encontramos pormenores sobre los mesoneros y vida del mesón; y conviene recordar a lo menos algunos de los más interesantes.

«Para alabar a los mesoneros—dice Justina—, unos les comparan a los grajos, otros a las hormigas, otros a las abejas, otros a las cigüeñas, porque todas estas aves hacen oficio de mesoneras con los huéspedes de su especie, entre las cuales quien más se adelanta es el grajo, porque no sólo hospeda la cigüeña cuando pasa por su casa, pero la acompañan hasta ponerla en salvamento cuando va o viene de veranar, y quizá de aquí les vino a los mesoneros ser tan amigos de tener de munición grajos empanados. Ya te veo grojeando por decirme que ninguno destes símbolos cuadran con el mesonaje, porque ninguna destas aves mesoneras pide dinero de cama ni de posada: ¡oh, pues si todo lo quieres tan guisado, hazte preñada! Vaya otra. El mesonero es como la tierra, y el pasajero como río; verdad es que el río, por donde pasa, moja, y al mesón también siempre se le pega algo. Es el mesón como la boca, y el pasajero es como la comida; verdad es que siempre la boca medra, siquiera en probaduras, y lo mismo el mesón. Finalmente, el mesón es como olla nueva, que siempre toma el olor de lo que en ella se echa: si el que pasa es próspero, queda el mesón oliendo a bienes, y si pobre, la casa huele a trapos y la cama a piojos. ¿Qué más loor quieres del mesón que comprarle a la tierra, que es madre de los vinos, y al agua, que es el espejo en quien nos remiramos todos? ¿Qué te contaré? Un dios mesonero hubo; verdad es que le desterraron por alcahuete.

«No se me logra cosa buena que diga del mesón. A ésta va, que parece que hago pinicos de gineta, y a cada paso trota el potro. La mayor alabanza que yo hallo del mesón, es que no es tan malo como el infierno, porque el infierno tiene las almas por fuerza y para siempre, y con no gastar con los huéspedes un cuarto de carbón, los hace pagar el pato y la posada; pero el mesón, cuando mucho, es purgatorio de bolsas, y en purgándose las gentes, salen luego de allí, y aun los hace salir. ¡Ah, ah!, ¿es por ahí la grandeza del mesón? Eres esponja de bienes, prueba de magnánimos, escuela de discretos, universidad del mundo, margen de varios ríos, purgatorio de bolsas, cueva encantada, espuela de caminantes, desquiladero apacible, vendimia dulce y, por decirlo todo, sois tan dichosos los mesones y mesoneros, que tenéis por abogado a mi buen padre Diego Díez y a mi buena madre, ambos mesoneros en la real de Mansilla de las Mulas...»

También Guzmán de Alfarache, al contarnos que en su viaje de Ca-

zalla a Madrid se queda a servir con un ventero (libro II, cap. I), informa de las malas artes que entre los tales eran corrientes. Dice así:

«Allí supe adobar la cebada con agua caliente, que creciese un tercio, y medir falso, raer con la mano, hincar el pulpejo, requerir los pesebres y, si alguno me encargaba diese recaudo a su cabalgadura, le esquilmasen un tercio. Algunos mancebilletes de ligas y bigotes venían a lo pulido y sin mozo, haciendo de los caballeros. Con los tales era el escudillar; porque llegábamos a ellos y tomándoles las cabalgaduras, las metíamos en su lugar, donde les dábamos libranzas sobre las ventas de adelante para la media paga; que la otra media recibían allí luego de socorro, aunque mal medida; pero a fe que a la cuenta lo pagaban por entero. Nuestras bocas eran medidas, no teniendo consideración a posturas ni aranceles, que aquellos no se guardan; sólo se ponen allí para que se paguen cada mes al alcalde y escribano los derechos dello y para tener un achaque, si tenían fijada la cedulilla o no, con que llevarles la pena.

«La cuenta de las cabalgaduras, ya se sabe lo que come cada una y en cuánto salen por cabeza, de paja, cebada y de posada. La de la mesa era para mí gracioso entretenimiento, porque siempre nos arrojábamos al vuelo y estábamos diestros en decir: «tantos reales y tantos maravéis y hágalen buen provecho», cargando siempre un real más que una blanca menos. Muchos, como cuerdos, lo pagaban luego, y algunos noveles o de la hoja pedían de qué, y era cortarse las cabezas; porque, subiendo los precios a todo, siempre buscábamos qué añadir, aunque fuese de guisar la olla, y venían a faltar dineros, los cuales pagaban como por mandamiento de apremio. La palabra del ventero es una sentencia definitiva: no hay a quien suplicar, sino a la bolsa. Y no aprovechan bravatas, que son los más cuadrilleros y por su mal antojo siguen a un hombre hasta poblado y allí le probarán que quiso poner fuego a la venta y le dió de paños o le forzó la mujer o hija, sólo por hacer mal y vengarse.

«Teníamos también en casa unas añaegas de munición para provisión de pobretos pasajeros, y eran ellas tales que ninguno entrara en la venta a pie que dejara de salir a caballo.

«Pues, olvidese algo, ponlo a mal cobro, que ¡luego lo hallarás! ¡Qué de robos, qué de tiranías, cuántas desvergüenzas, qué de maldades pasan en ventas y posadas! ¡Qué poco se teme a Dios ni a sus ministros y justicias!, pues para ellos no las hay o es que van a la parte; y

no es tal cosa de creer. Pero ya se ignore o se entienda, sería importantísimo el remedio, que se dejan muchas cosas de seguir y los acarretos detienen las mercaderías por la costa dellos. Cesan los tratos por temor de venteros y mesoneros, que por mal servicio llevan buena paga, robando públicamente. Soy testigo haber visto cosas que en mucho tiempo no podría decir de aquestas insolencias, que si las oyéramos pasar entre bárbaros, como a tales los culpáramos y, tratándolas a los ojos, no hacemos caso dellas.»

Un cuadro muy gráfico nos presenta Quevedo en su entremés de *La venta*. El ventero, Corneja, aparece rezando el rosario; la moza de la venta, Grajal, canta dentro coplas como las siguientes:

¿Es ventero Corneja?

Todos se guarden,
que hasta el nombre le tiene
de malas aves.

¿Qué harán las ollas
adonde las lechuzas
pasan por pollas?

Quien temiere ratones
venga a esta casa,
donde el güesped los guisa
como los caza.

Zape aquí, zape allí, zape allá,
quen la venta está.
quen la venta está.

Dicen «señor güesped»,
responde el gato;
y en diciéndole zape,
se va mi amo.

Ventero murió mi padre;
Satanás se lo llevó,
porque no piense el infierno
que hubo sólo un mal ladrón.

Enfádase Corneja, y dice:

Linda copla me canta mi criada.
No sé cómo la sufro, ¡vive Cristo!
Ella se baila toda cada día,
y siempre está cantando estos motetes;
y sisa, y es traviesa y habladora.
Moza de venta no ha de ser canora.

Entra un estudiante, y Corneja pone en guardia a la moza Grajal:

CORNEJA. Grajal.

GRAJAL. Señor.

CORNEJA. Tanto ojo

con el tal licenciado,
porque hay estudiantillo
que se lleva un colchón en un bolsillo.

GRAJAL. No hay que temer, Corneja,
que hay en casa colchón que, en dos instantes,
pasa a chinche una escuadra de estudiantes.

Grajal da cuenta a su amo de la singular comida que había servido a unos arrieros. A continuación sale un mozo de mulas que pide a Corneja una azumbre de vino y se tercia de este modo con la Grajal:

Mozo. ¡Qué lindo torbellino de mozona!
Tempestad de hermosura es esa cara.
No hay aguardar los rayos que acredita
sin decir: «Santa Bárbara bendita».
Voto al cielo, que son arma vedada
tus ojos, y que miras
buido y penetrante;
y en esta pobre vida que despachas,
me has llevado la vista hasta las cachas.

GRAJAL. Poca hazaña me cuenta
para destrozo de hermosura andante;
tarde llegó el pobrete;
no cabe un alma más en mi cabello.
Y un mocito de mulas,
que es gentil-hombre al trote,
no es cosa competente
para este campanario de la gala
y para este tallazo de lo caro,
que, con dos miraduras delincuentes,
pasó a pestaña infinidad de gentes,
y no hay para alfileres
en cuatro eternidades de alquileres.

Entra en la venta la compañía de comediantes de Guevara, que va a representar a Granada, y tras de un altercado entre Corneja y el estudiante, termina de este modo el entremés:

GUEVARA. Toquen esas guitarras.

GRAJAL. Acompañen cantando,
que yo lo quietaré sólo bailando.

GUEVARA. ¿Sólo? Aquí estamos todos.

GRAJAL. Cuenta con los chapines y los codos.

.. (Aquí cantan y bailan)

MÚSICOS. Todo se sabe, Lampuga,
que ha dado en chismoso el diablo,
y entre jayanes y marcas
nunca ha habido secretario.

* * *

Hemos de satisfacer ahora la curiosidad del lector, diciéndole quién fué el mesonero de Valdestillas a quien alude Avellaneda y con quien estaban la moza gallega y doña Pimpinela de Plafagonia.

El día 15 de diciembre de 1602 se otorgó en la villa de Valdestillas una escritura en la cual se hacía constar que «baltasar de ortega, vecino que soy de la villa de valdestillas, jurisdicción de la ciudad de Valladolid, por mi mesmo y como padre e lixitimo administrador que soy de mis hijos y de catalina ballestero mi muger, ya difunta, conozco por esta carta que arriendo e doy en rrenta a vos alonso de aranda, vecino de cabañas, tierra de toledo, estante al presente en esta villa, combiene a sauer unas casas meson con su corral y paxar y caballerizas y con lo demás a ellas anexo que yo tengo en esta dicha villa, en que bibe al presente miguel plato; que tiene por linderos de la una parte casas de bernal ballestero, menor, y la calle pública y la callexa que confina con casas de Josepe de castro, scriuano, vecino de la dicha ciudad de valladolid, y por la trasera con la calle de los muradales, las cuales casas arriendo para meson por tiempo y espacio de dos años que corren y se quantan desde el día del señor San Juan de Junio primero que berná del año de myll y seiscientos y tres años, y por precio y quantía de ciento y quinze ducados y más toda la basura que durante el dicho tiempo se hiciere dentro y fuera de las dichas casas...». (Siguen otras condiciones.) «...que si durante el dicho tiempo la corte de Su magestad se mudase a otra parte, de forma que el sello rreal saliere de la ciudad de Valladolid donde agora rreside, que en tal caso esta escriptura aya de ser ninguna como si no se obiera otorgado» (8).

Pero medio año después, el 17 de junio de 1603, Alonso de Aranda, que ne vivía en Valdestillas, sino en un lugar tan alejado como Cabañas de la Sagra, tierra de Toledo, traspasó el mesón, mediante poder que dió a su

(8) Archivo de Protocolos de Valladolid: *Registro de escripturas públicas de Antonio de Medina, scriuano rreal del número de la villa de Valdestillas del año de mil y seiscientos y dos años*, fol. 809.

cuñado Pedro Cedillo, a Sebastián Bermejo. Al efecto, otorgaron también la correspondiente escritura de arrendamiento, que comenzaba así: «Sepan quantos esta carta de arrendamiento vieren, como yo pedro zedillo, vezino que soy de la villa de valdestillas, jurisdicción de la ciudad de valladolid, en nombre y por virtud de poder que tengo de alonso de aranda mi cuñado, vecino del lugar de cabañas, signado de scriuano publico... conozco por esta carta que arriendo y doy en rrenta y en arrendamiento a bos sebastian bermexo, vecino de la dicha ciudad de valladolid questais presente, conuiene a sauer unas casas meson questán en esta dicha villa, que el dicho alonso de aranda tiene en rrenta a baltasar de ortega, vecino della... y bos las arriendo por tiempo y espacio de dos años cumplidos primeros siguientes, ques por el tiempo que el dicho alonso de aranda tiene en rrenta. las dichas casas, que an de correr y se quantan desde el dia de San Juan de Junio primero que berná deste año presente de mill y seiscientos y tres años, y por precio y quantia de ciento y quinze ducados y más toda la basura...» (Siguen otras condiciones.) (9)

Ocasión se le presentó muy pronto a Sebastián Bermejo de aumentar el ajuar y menaje de su mesón. Esta ocasión se la ofreció la celebración de una almoneda: «En la villa de Valdestillas, jurisdicción de Valladolid, a siete dias del mes de Setiembre de mill y seiscientos y tres años, por ante mí antonio de medina, scriuano rreal y del número de la dicha villa, tomás baticon, vecino della, hizo almoneda de ciertos bienes muebles que juan baticon y pasqual y maria baticon, sus hijos y de maria rromera su muger, heredaron de maria rromero y de pedro romero sus abuelos.» Recorriendo las partidas de venta y remate contenidas en el pliego de la almoneda, nos encontramos bien pronto con la siguiente: «yten se rremató en maria ducha, muger de sebastian bermexo, mesonero, rresidente en esta dicha villa, una mesa de pies, grande, de madera, en once rreales». Después de esta mesa, y a medida que en la almoneda salían objetos de su conveniencia, María Ducha remató lo siguiente: dos tajaderos de madera, en tres reales y medio; un candil de hierro, en dos reales y cuartillo; un cazo de cobre, en cuatro reales y medio; una manta blanca de lana con sus listas, en 16 reales; una sábana de dos piernas, de estopa, en 14 reales; un cobertor colorado, en 22 reales; tres sábanas de estopa, de tres piernas, en 21 reales cada una; otra en 33 reales; dos almohadas de

(9) Archivo cit. Antonio de Medina, *Registro de escrituras publicas del año 1603*, fol. 291.

lienzo llenas de lana, en 16 reales; otras dos, en 12 reales. Llevóse, pues, María Duchá una buena parte de los objetos vendidos en la almoneda, desde luego los mejores y más adecuados para su mesón. Aunque la almoneda continuó ocho días después, el 14 de septiembre, María Duchá ya no compró nada (10).

Que a Sebastián Bermejo le fué bien en su negocio, y que por tanto, su mesón recibía muchos viajeros, lo demuestra el poder que a 31 de marzo de 1604 daba a Miguel Calvo, vecino de Villardefrades, para que —decía— «en mi nombre podáis comprar y compreis fuera de las ocho leguas de la corte de su magestad y desta villa la cantidad de zebada que quisieredes y yo hubiere menester para la prouision del meson que tengo en esta dicha villa, cuya paga abeis deazer con mi propio dinero». Días después, el 7 de abril, daba otro poder igual a Juan Blanco, vecino de la villa de Tiedra (11).

Y no debía de ser Sebastián Bermejo hombre de mucho aguante con sus huéspedes, ni que se prestara a que éstos le hiciesen alguna jugarreta. Tal lo demuestra un escrito de «apartamento» por el cual vemos que a 10 de agosto del mismo año 1604, y ante el escribano Antonio de Medina, «pareció presente Hernando Zuazo y dijo que se abia querellado y querelló de sebastian bermejo, vecino de la dicha villa, en rrazon de la herida que le dió y malos tratamientos que le hizo que se declaran en la querella, por ende que cumpliéndolo con lo susodicho, en aquella mejor forma que abia lugar de derecho se apartava y apartó de la dicha querella... porque se le abia satisfecho el daño de su persona» (12).

Sebastián Bermejo fué, sin género alguno de duda, el mesonero de Valdestillas a quien Cervantes conoció. Según los datos conocidos, el autor del *Quijote* hubo de trasladarse a Valladolid en los primeros meses de 1604, y de ningún modo antes de 1603. También es cosa unánimemente aceptada, porque todos los indicios lo muestran así, que durante su estancia en Valladolid, entre 1604 y 1606, escribió el *Coloquio de los Perros*, donde se encuentra la alusión a la moza gallega de Valdestillas y a doña Pimpinela de Plafagonia (13). Era entonces, a su paso por Valdestillas, cuando habia conocido a estos personajes.

(10) Idem, id., fol. 185.

(11) Archivo cit. *Registro de escrituras públicas de Antonio de Medina del año 1604*, fol. 333 y 340.

(12) Idem, id., fol. 197.

(13) G. de Amezúa, ob. cit., pág. 72 y sgtes.

* * *

¿Se puede abandonar en absoluto la idea de que tanto en las palabras de Avellaneda como en las del *Coloquio* hay alguna intencionada alusión? Entiendo que no.

En cuanto a las del primero, insistamos en decir que resulta inexplicable, o por lo menos sorprendente, que el autor del falso *Quijote* tenga la ocurrencia de llevar a su héroe a tierras de Castilla la Vieja, con la añadidura de contar, en un lugar tan extemporáneo y fuera de propósito, el peregrino suceso de la moza de Torre de Lodones. Y libreme Dios de pensar que el propio Cervantes pasara por el caso estupendo de ver convertido al escudero en mujer y de presenciar el inesperado parto; pero otra cosa es, en cambio, que, abultados los hechos, encierren alguna alusión mortificante para el preclaro alcaláino.

Y más sospechoso parece todavía que el héroe de Avellaneda, acompañado de su escudero, pasara por Salamanca, Avila y Valladolid. Caminos eran éstos que Cervantes conocía muy bien, y que, según grandes probabilidades, fueron los que siguió cuando, llamado por los contadores de cuentas en 1603, salió de Sevilla para trasladarse a Valladolid (14). En *La ilustre fregona*—que parece también escrita en Valladolid—, cuéntanos Cervantes que Carriazo y Avendaño, cuando están en la ciudad del Pisuerga con su ayo, ruegan a éste, para jugarle la mala pasada que le tenían preparada, que les permita ir a ver la fuente de Argales. «En efeto, aunque con dolor de su ánima les dió licencia, porque él quisiera escusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas a Salamanca en dos días, y no las veinte y dos que hay desde Valladolid.» Véase, pues, si estaba bien enterado del camino. En *Rinconete y Cortadillo*, vemos que este último, al contar su vida al compañero, le dice: «Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo.» En el manuscrito de la misma noveia llamado de Porras de la Cámara, Cortadillo dice ser, no del Pedroso, sino «de Mollorido, lugar entre Medina del Campo y Salamanca.» Ambos lugares estaban, efectivamente, donde Cervantes dice, y seguramente, dada

(14) Es indudable que Cervantes, cuando estuvo en Salamanca, fué a aquella ciudad desde Valladolid, o viceversa. Si desde Madrid, u otro lugar de Castilla la Nueva, hubiera ido en distintas veces a Salamanca y Valladolid, no hubiera tenido que seguir el camino de Medina del Campo ni pasar por el Pedroso y Mollorido.

su insignificancia y situación, no hubiera tenido noticia de ellos a no conocerlos *de visu* (15).

Aunque Avellaneda dice que *Don Quijote* pasó por «Salamanca, Avila y Valladolid», lógicamente no pudo seguir este orden, pues viniendo de Castilla la Nueva, el itinerario recto y natural era «Avila, Salamanca y Valladolid». Si Cervantes, como parece probable, pasó a Valladolid desde Salamanca, a esta ciudad iría también por Avila.

Respecto a las alusiones de Cervantes en el *Coloquio*, permiten hacer dos afirmaciones escuetas: que en el mesón de Valdestillas había una moza gallega, y que con ella había una compañera. ¿Por qué las recuerda Cervantes en este lugar? ¿Por qué llama a la segunda *doña Pimpinela de Plafagonia*? ¿Aplicaba este estrambótico nombre a alguna mujer de carne y hueso, de la que quería hacer zumba? Esta compañera de la moza gallega, llamaráse como quisiera, ¿era la misma moza de soldada que Don Quijote el de Avellaneda puso a cargo del mesonero de Valdestillas, toda vez que también ésta, por tal circunstancia, era compañera de la moza del mesón?

Cosas son éstas que, como tantas otras de la historia y de la vida, han de quedar con un eterno interrogante.

NARCISO ALONSO CORTES

(15) Estimo que el texto auténtico es el que hace a Cortadillo natural del Pedroso. He aquí los puntos que la citada guía de caminos de Páez de Valenzuela—de sus adicionadores más bien—señala en el camino de Medina del Campo a Salamanca: la Golosa, media legua; la Venta del Campo, una; El Carpio, una y media; Fresno de los Ajos, media; Mollorido, dos y media; El Pedroso, tres; Pitiegua, una; las Ventas de Velasco, dos; Morisco, media; Salamanca, una y media.

